El conflicto no resuelto

Una guerra civil que no terminó de resolverse

Toda sociedad arrastra conflictos. No hay comunidad humana sin tensiones, diferencias ni disputas de sentido. Lo que distingue a unas de otras no es la ausencia de conflicto, sino la forma en que lo tramitan. En el caso argentino, el problema no radica en la existencia de una división, sino en su carácter inconcluso. No se trata de una guerra civil en términos armados, sino de algo más persistente y menos visible, una guerra simbólica, cultural y moral que nunca terminó de resolverse y que reaparece, una y otra vez, bajo distintas formas. Desde sus orígenes, el país quedó atrapado entre dos concepciones incompatibles de organización social, de autoridad y de libertad. No como simple disputa partidaria, sino como desacuerdo profundo sobre qué tipo de sujeto debía ocupar el centro de la vida colectiva. Esa tensión no fue saldada, fue administrada, postergada, a veces reprimida y otras veces romantizada. El resultado no fue una síntesis, sino una convivencia forzada entre modelos que se niegan mutuamente. Esa herida original no cicatrizó porque nunca fue elaborada. Se intentó resolver con leyes, con liderazgos fuertes, con reformas estructurales, con cambios de rumbo abruptos. Pero rara vez se abordó el núcleo del problema, la ausencia de un consenso mínimo sobre la relación entre el individuo y el poder, entre la libertad y la responsabilidad, entre el Estado, la comunidad y la autonomía personal. Así, la política se volvió el escenario donde esa guerra simbólica se reactualiza periódicamente. Cada ciclo promete clausurar el conflicto, pero termina reeditándolo. Cada proyecto se presenta como definitivo, pero actúa como respuesta parcial. La sociedad oscila entre promesas opuestas sin lograr integrar lo que cada una exige del sujeto que la habita. El conflicto no resuelto no es solo histórico. Es cotidiano. Está presente en la desconfianza estructural, en la dificultad para sostener reglas comunes, en la tendencia a buscar salvadores o culpables antes que asumir responsabilidades compartidas. Está en la incapacidad de pensar el largo plazo sin recaer en urgencias que justifican cualquier excepción. Esta cuestión no divide únicamente a la dirigencia, atraviesa a la sociedad entera. Se expresa en vínculos, en prácticas, en hábitos. En la relación ambigua con la ley, con la autoridad y con el otro. En la convivencia tensa

entre demanda de protección y rechazo al límite. En el deseo de libertad acompañado por la expectativa de tutela. Acá aparece el primer gran bloqueo, una comunidad que exige resultados propios de la madurez cívica sin haber consolidado los fundamentos culturales que la sostienen. Se reclama orden sin asumir disciplina interna. Se exige libertad sin aceptar responsabilidad. Se demanda igualdad sin tolerar reglas comunes. Cada intento de resolver una parte del conflicto activa la resistencia de la otra. Por eso, el problema argentino no puede entenderse solo como fracaso de políticas públicas o de modelos económicos. Es, antes que nada, un problema de sentido no resuelto. Un desacuerdo profundo sobre qué significa vivir juntos sin anularse. Dos lógicas enfrentadas que nunca aprendieron a convivir. La herida original se sostiene porque las dos grandes lógicas que estructuraron el país no dialogaron, se enfrentaron. Cada una se construyó en oposición a la otra, no como complemento posible, sino como negación. En lugar de elaborar una síntesis cultural, se consolidó una dinámica pendular, avance de una, reacción de la otra, desgaste, colapso y recomienzo. Una de esas lógicas concibe a la sociedad como un cuerpo que debe ser protegido, guiado y contenido. Parte de la idea de que el individuo, dejado a su suerte, tiende al desorden y a la desigualdad. Por lo tanto, el poder debe intervenir, corregir, redistribuir y organizar. Esta lógica promete cuidado, estabilidad y justicia, pero requiere un alto grado de confianza, responsabilidad cívica y límites éticos para no degradarse en dependencia, arbitrariedad o clientelismo.

La otra lógica concibe a la sociedad como un espacio de libertades donde el individuo debe poder desplegar su iniciativa sin interferencias excesivas. Parte de la idea de que la autonomía genera desarrollo y que el orden emerge de reglas claras y del respeto por los contratos. Esta lógica promete dinamismo, innovación y crecimiento, pero requiere igualdad de condiciones de partida, instituciones sólidas y una ética compartida para no derivar en exclusión, concentración o fragmentación. Ambas lógicas, en abstracto, contienen elementos válidos. El problema es que fueron aplicadas como respuestas totales sobre una sociedad que no había resuelto su conflicto de base. Ninguna de las dos formó plenamente al sujeto que necesitaba para funcionar. Ninguna abordó con seriedad la construcción cultural previa que exigía su propio éxito. Así, cada una fracasó a su manera. No porque fueran idénticas, sino porque operaron sobre el mismo suelo quebrado. Donde faltaba responsabilidad individual, la protección se volvió control. Donde faltaba tejido social, la libertad se volvió privilegio. Donde faltaba confianza, cualquier regla se percibió como imposición o malicia. Este fracaso compartido alimentó una ilusión

persistente, que el problema estaba en haber elegido mal, y que la solución consistía en elegir lo contrario. Esa ilusión es parte del conflicto no resuelto. Mientras se siga pensando en términos de reemplazo total, la guerra simbólica continuará. La herida original no se cierra cambiando de modelo, sino comprendiendo por qué ninguno pudo prosperar plenamente. No se trata de elegir entre dos promesas agotadas, sino de reconocer que ambas exigían un tipo de sujeto que nunca terminó de formarse. Sin esa comprensión, cualquier intento de superación será apenas un nuevo capítulo de la misma disputa. Con ella, en cambio, se abre la posibilidad de algo distinto, no una síntesis ideológica, sino una reconfiguración más profunda del punto de partida.

Cuando el bienestar y la libertad fracasan por la misma razón

La historia reciente puede leerse como el intento reiterado de cumplir dos promesas distintas sobre un mismo suelo que nunca fue preparado para sostenerlas. Promesas que, en apariencia, se oponen, pero que en su fracaso revelan una raíz común. No se trata de decidir cuál tenía razón, sino de comprender por qué ninguna logró arraigarse de manera estable. Una de esas promesas ofreció bienestar, protección y reparación. Se presentó como respuesta al dolor social, a la desigualdad y a la violencia que deja el abandono. Su lenguaje fue el de la justicia, la inclusión y la solidaridad. Su horizonte, una comunidad donde nadie quede librado a su suerte. Sin embargo, con el tiempo, esa promesa comenzó a exigir algo que no supo, o no pudo cultivar: responsabilidad individual sostenida, ética cívica y límites claros al poder que protege. Cuando el sujeto no se forma, el cuidado se transforma en tutela. Cuando la responsabilidad no acompaña, el derecho se vacía de deber. Cuando el Estado crece sin ciudadanos que lo equilibren, la protección degenera en dependencia y la igualdad en estancamiento. No por maldad intrínseca, sino por una asimetría estructural, se intentó garantizar bienestar sin haber consolidado previamente una cultura de autonomía responsable. La otra promesa ofreció libertad, dinamismo y progreso. Habló de mérito, iniciativa y reglas claras. Confió en que, liberadas las fuerzas productivas, la sociedad encontraría su equilibrio. Su horizonte fue el desarrollo, la innovación y la prosperidad. Pero también exigió algo que no estaba dado, igualdad de oportunidades reales, instituciones confiables y un tejido social capaz de absorber el

cambio sin romperse. Cuando la libertad se introduce en un cuerpo social fragmentado, se convierte en ventaja para unos pocos. Cuando el mercado avanza sin comunidad, la competencia se vuelve exclusión. Cuando las reglas existen pero no son creídas, la ley se percibe como obstáculo y no como marco. Así, la promesa de libertad terminó siendo vivida, por amplios sectores, como desprotección y desamparo. Ambas promesas fracasaron, no porque fueran falsas en sí mismas, sino porque se apoyaron sobre una misma carencia no resuelta, la formación del sujeto. Ninguna abordó de manera profunda la construcción cultural previa que necesitaba para funcionar. Una asumió que el individuo debía ser protegido aun cuando no se fortaleciera. La otra asumió que el individuo ya estaba listo para sostener su libertad. Las dos se equivocaron en el diagnóstico de base. Este es el punto ciego que suele omitirse. Se discute el tamaño del Estado, el rol del mercado, la distribución del ingreso o la eficiencia del sistema, pero rara vez se interroga la condición humana que esos sistemas presuponen. Se diseñan estructuras complejas sobre individuos frágiles, desorientados o desresponsabilizados. Y cuando esas estructuras fallan, se culpa al modelo contrario. Así se instala una lógica de reemplazo eterno, cuando el bienestar se vuelve asfixiante, se reclama libertad, cuando la libertad se vuelve cruel, se reclama protección. El péndulo no se detiene porque el problema no está en los extremos, sino en el centro ausente. Falta el sujeto capaz de habitar cualquiera de los dos sin degradarlos. En este punto aparece una confusión persistente, creer que la superación consiste en encontrar un tercer modelo perfecto. Pero no hay arquitectura institucional que funcione si quienes la habitan no comparten un mínimo de responsabilidad, honestidad intelectual y respeto mutuo. No hay sistema que sustituya la ética. No hay estructura que compense indefinidamente la ausencia de formación interior. Por eso, el fracaso no es solo económico ni político, es civilizatorio en pequeña escala. Es la consecuencia de intentar resolver con mecanismos externos lo que exige un trabajo interno y colectivo a la vez. Se pidió al Estado que haga de conciencia. Se pidió al mercado que haga de comunidad. Ninguno puede cumplir ese rol sin deformarse. La superación no está en negar una promesa para abrazar la otra, sino en reconocer que ambas requieren algo previo que nunca fue puesto en el centro, un individuo capaz de sostener la libertad sin destruir al otro y de recibir protección sin renunciar a su autonomía. Un individuo que entienda que vivir en sociedad no es delegar todo ni competir contra todos, sino asumir un lugar activo en el equilibrio común. Mientras ese sujeto no exista en número suficiente, cualquier modelo será inestable.

Cambiarán los nombres, los discursos y las prioridades, pero el conflicto reaparecerá bajo nuevas formas. La herida seguirá abierta porque se sigue tratando el síntoma y no la causa.

Acá se vuelve visible el sentido del Gris. No como punto medio tibio ni como neutralidad vacía, sino como reconocimiento de límite. El Gris no promete salvación ni prosperidad inmediata. Propone algo diferente: asumir que ninguna estructura reemplaza la responsabilidad humana y que ninguna promesa colectiva puede sostenerse sin transformación individual. No es el final del conflicto, pero sí el final de la ilusión. Y a veces, abandonar una ilusión es el primer acto real de madurez histórica.

Pensar como si el mundo no hubiera cambiado

Hay un desfase silencioso que atraviesa al presente y que rara vez se nombra con claridad, el mundo material cambió más rápido que nuestras categorías mentales.

Seguimos discutiendo la organización de la sociedad con marcos heredados de una época donde la escasez era estructural, cuando muchas de las condiciones objetivas que la justificaban ya no existen o, al menos, no del mismo modo. Durante siglos, la humanidad pensó desde la falta. Producir era difícil, lento y costoso. El acceso a bienes básicos era limitado y desigual. En ese contexto, la lógica de supervivencia no solo era comprensible, sino necesaria. Las instituciones, los Estados y los conflictos se moldearon alrededor de esa premisa, no hay para todos, por lo tanto hay que disputar, administrar o controlar. Pero el siglo XXI introduce una anomalía histórica. La capacidad productiva, tecnológica y logística alcanzó niveles inéditos. La economía del conocimiento, la automatización, la interconexión global y los modelos de circularidad muestran que, en muchos planos, el problema ya no es la falta absoluta, sino la distribución, el diseño y el sentido. Sin embargo, seguimos pensando como si estuviéramos atrapados en un mundo que ya no existe. Este desfase genera una tensión profunda. Las estructuras mentales permanecen ancladas en la escasez, mientras las posibilidades materiales apuntan a la abundancia relativa. El resultado no es prosperidad compartida, sino ansiedad colectiva. Se acumula por miedo. Se compite por inercia. Se desconfía por hábito. La lógica de supervivencia se perpetúa incluso cuando deja de ser necesaria. En Argentina, este fenómeno se

intensifica. La historia de crisis recurrentes consolidó una cultura defensiva. Pensar en el corto plazo, asegurarse lo propio, desconfiar del futuro. Esa mentalidad, comprensible en contextos de inestabilidad real, termina volviéndose un obstáculo cuando se transforma en identidad permanente. Se vive como si todo fuera transitorio, incluso lo que debería construirse a largo plazo. Aquí aparece una paradoja central, se discute bienestar versus libertad, Estado versus mercado, pero casi nunca se discute el supuesto común que comparten ambas disputas, la idea de que siempre falta algo esencial y que, por lo tanto, alguien debe perder para que otro gane. Esa premisa atraviesa ideologías opuestas y las iguala en su punto ciego. La economía circular, la innovación tecnológica y los nuevos modelos de organización no prometen un paraíso automático. No eliminan el conflicto ni la desigualdad por sí solas. Pero sí exponen una verdad, muchas de las limitaciones que seguimos naturalizando son más culturales que materiales. Persisten porque convienen a estructuras de poder, a hábitos mentales o a narrativas que justifican el control. Cuando una sociedad piensa desde la escasez, acepta el autoritarismo con mayor facilidad. El miedo justifica el orden impuesto. La urgencia habilita la excepción. La promesa de seguridad se vuelve más seductora que la libertad responsable. No porque la gente desee ser dominada, sino porque se siente permanentemente amenazada. Por el contrario, cuando una sociedad empieza a percibir que el problema no es la falta absoluta sino la mala gestión del sentido, surge una pregunta distinta. ¿Qué hacemos con lo que ya existe?. Y esa pregunta es profundamente incómoda, porque desplaza la responsabilidad desde el sistema abstracto hacia las decisiones concretas, individuales y colectivas. Acá el Gris vuelve a cumplir su función. No propone negar la realidad material ni idealizar la abundancia. Propone dejar de pensar automáticamente desde la carencia. Invita a revisar si seguimos justificando formas de dominación, enfrentamiento y fanatismo en nombre de peligros que ya no operan del mismo modo. Pensar más allá de la escasez no significa negar los límites. Significa reconocer que muchos de ellos ya no son técnicos ni económicos, sino humanos. Límites de conciencia, de ética, de madurez cívica. Y esos límites no se superan con un cambio de modelo, sino con un cambio de enfoque. Mientras sigamos discutiendo el futuro con categorías del pasado, repetiremos sus errores. Mientras sigamos organizando la vida colectiva desde el miedo, seguiremos habilitando formas de poder que se alimentan de él. Superar la herida original no exige prometer abundancia infinita, sino abandonar la ficción de que solo la escasez nos define. El desafío no es producir más, sino pensar mejor. No es elegir entre protección o libertad, sino construir sujetos capaces de habitar ambas sin destruirlas. Y ese desafío no se resuelve

con consignas, sino con una transformación silenciosa, profunda y gradual del modo en que entendemos nuestra relación con el mundo y entre nosotros. Ahí, y solo ahí, empieza a vislumbrarse una salida que no repite el ciclo.

Responsabilidad histórica sin épica ni salvadores

Toda época crítica tiende a narrarse a sí misma como excepcional. Se buscan culpables, héroes, traiciones y relatos que otorguen sentido inmediato al malestar. Pero no todos los momentos históricos requieren épica. Algunos exigen algo más humilde y menos visible, responsabilidad sin relato grandioso. El presente argentino no es el colapso final ni el inicio de una era redentora. Es un umbral. Un punto de saturación donde los discursos ya no convencen, las promesas ya no movilizan y las explicaciones heredadas empiezan a fallar. No por falta de inteligencia colectiva, sino por exceso de repetición. La crisis actual no se sostiene solo por errores recientes, sino por la acumulación de decisiones postergadas. Cada generación heredó el conflicto sin resolverlo, adaptándose a convivir con él. Se aprendió a sobrevivir dentro de la inestabilidad, pero no a salir de ella. Esa adaptación, que fue una virtud en contextos hostiles, se volvió un límite cuando dejó de cuestionarse. Acá aparece una responsabilidad histórica que no puede delegarse. No es responsabilidad de una persona, un partido o una ideología, sino de una sociedad que debe decidir si continúa administrando el conflicto o comienza a transformarlo. Y esa decisión no se expresa únicamente en el voto ni en la protesta, sino en prácticas cotidianas, culturales y éticas. El mayor riesgo del presente no es el fracaso económico, sino la tentación de la simplificación. Cuando todo se vuelve insoportable, la sociedad busca alivio rápido, soluciones absolutas, discursos cerrados, identidades rígidas. Esa tentación es comprensible, pero peligrosa. Ahí donde el pensamiento se vuelve binario, la libertad se debilita y el autoritarismo encuentra terreno fértil. El Gris no aparece acá como síntesis conciliadora, sino como advertencia. Señala que no hay salida duradera sin asumir complejidad. Que ningún cambio estructural reemplaza la madurez cívica. Que no existe transformación colectiva sin transformación subjetiva suficiente. Y que negar esta realidad solo prolonga el ciclo. Este umbral no exige unanimidad, pero sí honestidad intelectual. No exige sacrificios épicos, sino coherencia mínima entre lo que se reclama

y lo que se practica. No exige pureza ideológica, sino límites éticos compartidos. Son exigencias menos espectaculares, pero más difíciles de sostener. El presente, entonces, no es un campo de batalla final, sino una prueba silenciosa. Una instancia donde cada generación decide si repite el guion o se anima a escribir uno distinto. No desde la negación del pasado, sino desde su comprensión. No desde el resentimiento, sino desde la responsabilidad. Cruzar este umbral no garantiza éxito inmediato. Garantiza algo más modesto y más valioso, la posibilidad de dejar de huir. De asumir que el futuro no se hereda, se construye. Y que esa construcción empieza cuando se abandona la comodidad de culpar y se acepta la incomodidad de participar. Viviendo sin consignas impuestas.

El Gris no es destino

El Gris no es una solución ni una promesa de llegada. Es un punto de partida. Un lugar incómodo desde el cual dejar de mentirse. No ofrece respuestas cerradas ni caminos garantizados, ofrece algo más difícil, la posibilidad de empezar a pensar y actuar con mayor responsabilidad. Negar esta etapa no la elimina. La posterga. Y toda postergación prolongada tiene un costo. Cuando una sociedad se rehúsa a revisar sus fundamentos, el conflicto que evita resolver no desaparece, se transforma. Puede hacerlo de dos maneras igualmente destructivas. O deriva en una guerra civil abierta, explícita, donde las diferencias se vuelven irreconciliables. O se diluye en una decadencia crónica, marcada por breves ciclos de recuperación que no alcanzan para reconstruir un piso común antes de volver a caer. Ese es el riesgo real de no asumir el Gris, seguir administrando la fractura hasta que ya no quede margen para sostenerla. No por castigo histórico ni por fatalismo, sino por agotamiento estructural. Ninguna sociedad puede sostener indefinidamente la incoherencia entre lo que dice querer y lo que practica. El Gris no indica qué camino tomar después, sugiere no impone, algunas cuestiones macro (ver el manifiesto Generacional Abierto). Eso le corresponde al conjunto. Pero sí establece una condición mínima, sin mayor responsabilidad individual, sin participación consciente y sin respeto por la pluralidad, cualquier dirección elegida volverá a fracasar. No por falta de ideas, sino por falta de suelo humano que las sostenga. Este texto no cierra nada. Abre. Señala que todavía hay tiempo, pero no infinito. Que el futuro no se define por el modelo que se

imponga, sino por la madurez con la que se lo construya. Y que, si algo puede evitar el colapso o la violencia, no es una nueva verdad absoluta, sino una sociedad que acepte, de una vez, hacerse cargo de sí misma. El Gris no es la meta. Es el lugar desde el cual, por primera vez, el camino puede elegirse de verdad.

Nota final

Este texto forma parte de un conjunto más amplio de escritos que desarrollan, desde distintos ángulos, las mismas cuestiones de fondo. No busca agotarlas ni clausurarlas, sino continuar un hilo ya iniciado en otros textos. Su extensión y su forma responden a un método deliberadamente conciso, decir lo necesario, sin acumulación innecesaria ni retórica excedente. Cada apartado señala un problema, no para imponer una conclusión, sino para habilitar una reflexión posterior. Leído de manera aislada, este texto puede parecer incompleto. Leído como parte de un proceso, funciona como lo que es, un paso más dentro de un camino que no se presenta como definitivo ni cerrado.